

Precisamente en los momentos en que Prusia completaba sus armamentos con la movilización general de la milicia, falleció en Praga (28 de junio) su gran director Scharnhorst, á consecuencia de la herida que recibió en 2 de mayo en la batalla de Gross-Gorschen y que se había hecho mortal á consecuencia de la prisa que se dió para llegar á Viena y que no le había permitido descansar ni cuidarse. Pero antes de morir tuvo por lo menos el consuelo de saber, por boca del conde Radetzky, que la cooperación del Austria estaba incondicionalmente asegurada. Esto no obstante, no pudo ver mitigada una pesadumbre que ha permanecido ignorada por el mundo y que él solo confió á su hija, la condesa Dohna, descubriendo á ésta con su confesión un pliegue de su alma que hasta entonces no había ella conocido. En 24 de mayo le había escrito desde Znaym: «Si hubiese podido mandar el conjunto hubiérame esto halagado mucho, pues comparándome con los otros me creo muy apto para ello. Pero no habiendo podido esto ser así, todo lo demás me es indiferente. — Todas mis órdenes y mi vida entera daría yo por mandar un solo día. Te extrañará, sin duda, que te escriba en estos términos, tan contrarios á mi modo de ser, yo que nada pido y que nunca me muestro descontento, pero con-

que serán sorteados por años, sin consideración á su clase ni á su oficio, para completar el cupo de voluntarios hasta formar un número determinado. — La milicia se compone de infantería y de caballería, ésta última según el sistema de los cosacos; de cada 15 hombres 8 serán de caballería. Los oficiales serán elegidos por el comité del círculo hasta el grado de jefe de compañía ó de escuadrón inclusive y sin distinción de edad, de entre todos los soldados, proponiéndose los elegidos para confirmar los nombramientos, y quedando la propuesta con el carácter de interina hasta tanto que se reciba esta confirmación. Los jefes de batallón, brigadieres y generales de división serán nombrados por mí, pero me complaceré en tomar en consideración la elección del comité. — Los milicianos se uniformarán por su cuenta ó serán uniformados por cuenta de los estados ó de los municipios, según lo exijan las circunstancias. — La milicia recibirá armas y municiones del arsenal por cuenta del Estado cuando los círculos no puedan proporcionarlas. — La milicia no cobrará sueldo mientras resida en el círculo, quedando á la discreción de los estados, municipios ó ciudades el indemnizar ó no, según las circunstancias, á los milicianos. Cuando la milicia sea convocada por el círculo para el ejercicio, el círculo cuidará de su manutención. La milicia entrará á percibir el sueldo y la manutención de las tropas activas cuando sea utilizada fuera del círculo. La milicia está sometida á la disciplina del ejército activo y las faltas por ella cometidas serán juzgadas según los artículos militares.

» Cuando los milicianos sean reunidos para su movilización, el comisario les explicará en términos sentidos y enérgicos el objeto del llamamiento, procurará inflamar su amor patrio y su sentimiento del deber para el referido objeto y excitará á los voluntarios á que formen en su núcleo de manera que los que quieran servir en la caballería y tengan caballo se adelanten á los demás. Les manifestará que los voluntarios tendrán la categoría de licenciados y que se les atenderá con preferencia en los ascensos. De los no voluntarios se sortearán, por años, los necesarios para completar el número de milicianos. — El traje del miliciano debe ser sencillo é higiénico: puede consistir en una casaca de paño azul ó negro con cuello del color de la provincia, pantalones largos y anchos de lino, botas ó zapatos con cortos botines de cuero, una gorra del mismo paño de la casaca y en su parte inferior del paño del cuello. — Cada miliciano llevará como distintivo adherida á la parte anterior de la gorra una cruz de hoja de lata blanca con la inscripción: *Con Dios, por el rey y por la patria.* — La milicia, que en la infantería forma siempre en tres filas, estará armada en la primera fila con picas y en las otras dos con fusiles. El gobierno facilitará los fusiles y las municiones necesarias. Las picas, que serán de ocho pies de largas con una afilada punta de seis pulgadas de longitud, correrán de cuenta del círculo. — Los ejercicios de armas se verificarán todos los domingos y miércoles. La infantería se ejercitará en la formación, en la dirección, en los movimientos, en la marcha, en el paso ligero y especialmente en el manejo del fusil y de la pica. El ejercicio de tiro al blanco es, desde un principio, la parte más esencial de toda la instrucción.» *Colección legislativa para los reales Estados prusianos, 1813, págs. 109-119 (*).*

(*) Todas estas disposiciones no son sino una copia exacta de las que desde mucho tiempo antes regían en España para sus milicias provinciales. (N. del T.)

sidera que ésta no es una carta, sino una noticia especial para tí acerca de cómo pensaba tu padre en otro tiempo, cuando ya no exista (1).»

Catorce días después de la muerte de Scharnhorst, es decir, el día 12 de julio, presentáronse en Praga, como plenipotenciarios de Rusia y de Prusia, Anstett y Humboldt, reunidos bajo la presidencia y con la mediación de Austria — cuyo plenipotenciario era el conde Metternich, — para tratar con los plenipotenciarios de Napoleón de una paz que ninguno de ellos quería y en la cual no creía nadie. De España había llegado la noticia de una formidable victoria conseguida en 21 de junio por Wellington en Vitoria sobre el mariscal Soult. Desde Rusia avanzaban en dirección á Polonia las reservas rusas, durante tanto tiempo esperadas; toda Prusia se había convertido en un vasto campamento de guerra donde retumbaba por doquiera el estrépito de las armas: en Austria se estaban haciendo armamentos como no se habían hecho desde 1809, de modo que los diplomáticos que, en medio de estas circunstancias, hablaban en Praga de la paz parecíanse á los augures de que habla Cicerón, que al mirarse á duras penas podían contener la risa. El mismo Napoleón no creía digno de él hacer ver siquiera que quería salvar las apariencias de una negociación de paz, y por esto tardó más de dos semanas en tener plenipotenciarios en Praga, pues que el conde Narbonne se había presentado allí sin instrucciones y sin poderes. El que por fin se presentó con carácter de tal, Caulaincourt, duque de Vicenza, confesó confidencialmente á su buen amigo el conde Metternich que no tenía más encargo que el de pasar el tiempo, añadiéndole que él no se consideraba como representante del humor despótico del emperador sino de los intereses verdaderos y permanentes de Francia; que quería la paz á todo trance, paz á la cual podría prestar Metternich buenos servicios arrancando del ánimo del emperador la funesta ilusión de que si se hubiera podido tener siempre al Austria en una «neutralidad bien pagada» esta nación no se habría decidido nunca á cooperar á la guerra contra él. Únicamente por esta insensatez se explica que Napoleón no consintiera siquiera en que comenzara el simulacro de una negociación relativa á la paz, que tratara con humillante desprecio la cualidad de Austria como potencia mediadora, á pesar de habérsela reconocido en el convenio de 30 de junio, y, finalmente, que hiciera preguntar por conducto de Caulaincourt, con la mayor reserva, en 6 de agosto, es decir, tres días antes de terminar el armisticio: «¿Cuánto cuesta la alianza, cuánto la neutralidad del Austria?» pues éste era el sentido de la comunicación en que Caulaincourt decía: «El emperador desea saber qué es lo que entiende el Austria por la palabra paz y cuáles serían las condiciones que fijaría, en caso de que Francia la aceptara, para unirse con ella ó para permanecer neutral (2).»

Metternich dió inmediatamente cuenta de esta proposición á los dos plenipotenciarios de los aliados, Anstett y Humboldt, como también de la contestación que dió el día 7. Acerca de todo este incidente escribió el día 8 una comunicación detallada al conde Stadion para que éste la entregara al monarca (3).

¿Qué decía la respuesta de Metternich? Decía que Napoleón no tenía que esperar de Austria, á ningún precio, la alianza ni la neutralidad, sino por el contrario la declaración de guerra el día 11 de agosto si antes de la media noche del 10 no hubiese contestado con un simple sí al ultimatum de Austria.

(1) Klippel: *Scharnhorst*, tomo III, pág. 745.

(2) *Austria y Prusia*, págs. 446-447.

(3) *Austria y Prusia*, págs. 447-448.

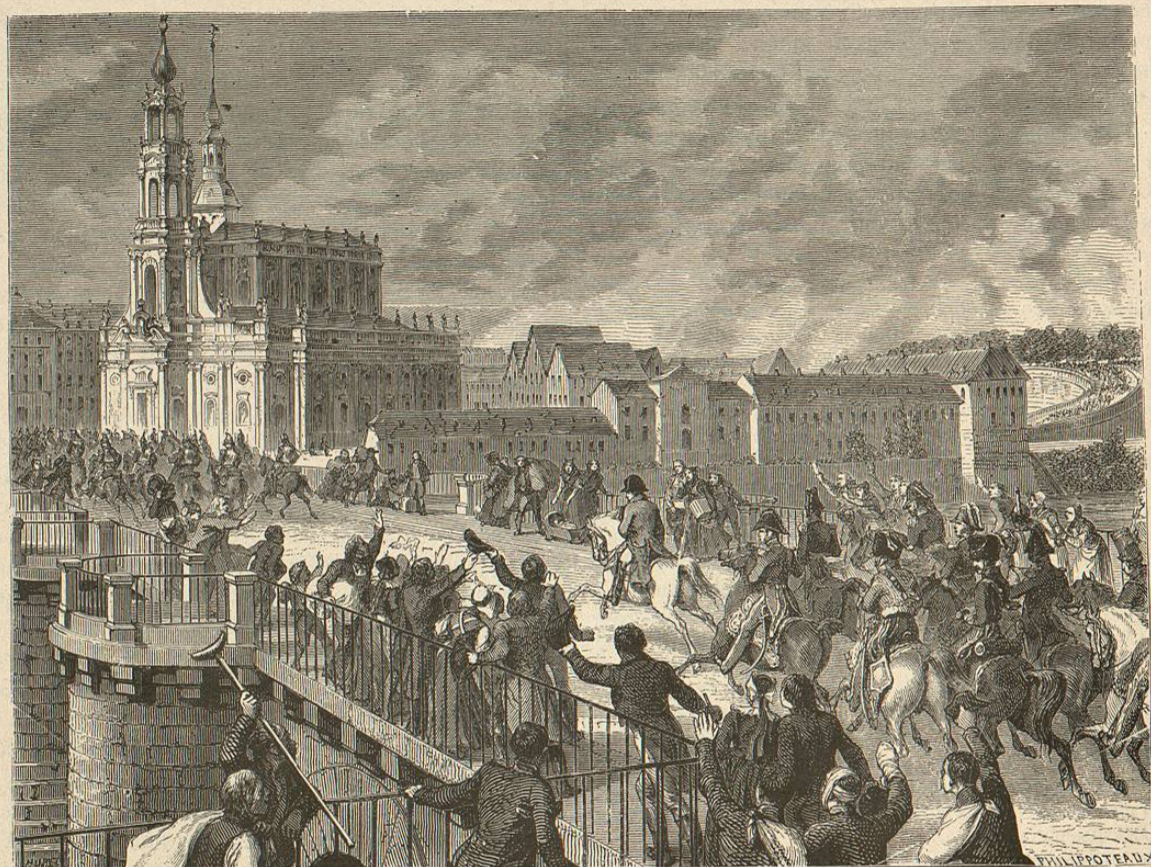
Este ultimatum decía textualmente:

«Condiciones bajo las cuales el Austria considera factible la paz.

»Disolución del ducado de Varsovia y su reparto entre Austria, Rusia y Prusia, quedando, en su consecuencia, Dantzig en poder de esta última. Restablecimiento de Hamburgo y de Lubeck como ciudades anseáticas libres y convenio eventual y enlazado con la paz general relativo á las demás partes de la 32.ª división militar, como también á la renuncia al protectorado de la confederación del Rin, para que la independencia de los actuales soberanos de Alemania quede garantida mancomunadamente por todas las grandes potencias. Restauración de Prusia con una frontera sólida en el

Elba. Cesión de las provincias ilíricas al Austria. Garantía recíproca del *statu quo* de las grandes y pequeñas potencias, de manera que la forma que la paz les dé no pueda ser modificada ni violada por ninguna de ellas (1).»

En este ultimatum no solo se consignaba la tan discutida condición *sine qua non* de los cuatro artículos sino que igual valor se daba al contenido total de los seis artículos de 7 de junio y se hacía especial hincapié en la renuncia al protectorado de la confederación del Rin, que hubiera significado la humillación espontánea de Napoleón, razón por la cual el emperador Francisco se había negado antes, como sabemos, á exigirla. De suerte que la actitud del Austria había sufrido un visible cambio.



Llegada de Napoleón á Dresde el día de la primera batalla

Este programa de paz iba acompañado de una declaración, en cuya segunda parte se decía: «Espero un *sí* ó un *no* por todo el día 10. Estoy resuelto á declarar el día 11, como asimismo lo harán Rusia y Prusia, que el congreso está disuelto, que uno mis fuerzas con las de los aliados para luchar por una paz compatible con el interés de todas las potencias y que desde aquel momento considero nulas las presentes condiciones, confiando la decisión á la suerte de las armas.» De manera que la no aceptación de estas condiciones por todo el día 10 significaba la declaración de guerra el día 11.

¿Qué significaba la aceptación del ultimatum? ¿qué ganaba Napoleón diciendo el día 10: «Sí, acepto el ultimatum del Austria?»

Napoleón procuró contestarse á estas preguntas examinando la primera parte de la declaración, en la que se decía: «Por conversaciones previas confidenciales tengo conocimiento de las condiciones que las cortes de Rusia y de Prusia presentarán, al parecer, para un arreglo pacífico: me adhiero por completo á sus puntos de vista porque considero estas condiciones como necesarias para el bienestar de mis Estados y de las

demás potencias y como las únicas que realmente pueden conducir á una paz general. Por esto no vacilo en exponer los artículos que mi ultimatum contiene (2).»

De estas palabras se desprendía que lo que se le ofrecía no era una paz verdadera sino, en el caso más favorable, un preliminar de paz, una paz previa que había de llevar á la paz general; pero aun era dudoso que aceptara la paz previa, porque de las supuestas condiciones de los aliados el emperador Francisco no tenía conocimiento oficial, sino confidencial, y hablaba de ellas como si los aliados no estuvieran en manera alguna obligados á reconocer por suyo el texto de tales condiciones. Además, admitiendo que sobre estas bases se firmara la paz previa, ésta no había de ser más que el principio de la negociación de la paz universal, que comprendía también los mares y que dependía en absoluto de Inglaterra, el más irreconciliable é inexpugnable de sus enemigos. Napoleón no tenía garantía ninguna de conseguir esta paz univer-

(1) Thiers, tomo XVI, pág. 218.

(2) Thiers, XVI, pág. 217.

sal en caso de que pronunciara el *sí* que se le pedía; de suerte que con su aceptación de las concesiones, no perjudiciales para Francia, pero sí humillantes para él, no habría conseguido la menor ventaja sino simplemente un desencanto no compensado por ningún sacrificio. La idea del papel que al gobierno inglés correspondía en cuanto empezaran las negociaciones para la paz universal y la dependencia en que Rusia había de encontrarse respecto de Inglaterra por tener su escuadra en los puertos británicos, mientras que Prusia, por su parte, estaba inseparablemente unida á Rusia, — nada sabía, por supuesto, de los tratados de subsidios, — debía hacer aparecer la obra de la paz como imposible á los ojos de Napoleón aun cuando él la quisiera. Pero no la quería ni la

consideraba necesaria después de haber aprovechado el armisticio prorogado para hacer nuevos y grandes preparativos; así es que dejó pasar el 10 de agosto sin dar respuesta alguna.

Los plenipotenciarios que para este congreso de paz se habían reunido en Praga siguieron con febril impaciencia y reloj en mano el curso lento de las horas de aquel memorable día. Llegó la media noche, y no habiendo llegado ningún correo de Dresde, al dar la última campanada de las doce Humboldt y Anstett manifestaron que sus plenos poderes habían terminado y el conde Metternich declaró disuelto el congreso; una hora después el embajador francés recibía, con sus pasaportes, la declaración de guerra del Austria. A la



Batalla de Dresde (segundo día): Moreau herido de un balazo en las alturas de Racknitz

una de la noche escribía Humboldt al canciller de Estado: «Nuestros deseos están satisfechos, querido barón: lo que hemos venido tratando desde el 4 de enero (1), logrado queda. Austria ha declarado la guerra á Francia y Narbonne ha recibido sus pasaportes.»

Hasta la mañana del 11 de agosto no llegó Caulaincourt con una contestación de Napoleón, que Metternich consideró como una burla descarada y la rechazó como tal. Caulaincourt estaba profundamente disgustado al ver que todas sus advertencias conciliadoras se habían estrellado ante la obcecación del emperador francés; pero estaba completamente equivocado si creía que con la aceptación del *ultimatum* de Austria Napoleón hubiera conseguido realmente la paz, destruido la alianza guerrera de las potencias y conservado en sus manos el núcleo del poder universal. Aun cuando los

aliados se hubieran sometido á la paz previa sobre la base de las condiciones de Metternich, en la negociación para la paz universal que debía comenzar inmediatamente se habría presentado un programa completamente distinto, es decir, el programa que á la sazón presentaban en la punta de la espada cuatro potencias: Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia. El programa para la paz universal estaba contenido en una nota dirigida por lord Castlereagh á Cathcart en 5 de julio (2). El emperador Francisco había otorgado en 27 de julio su aprobación á las condiciones de Inglaterra (3). Con el programa anglo-austriaco concordaba perfectamente el que en 16 de mayo había expuesto el conde Nesselrode en Wurschen, en nombre de Rusia y Prusia (4). Comparando los dos, podemos decir que las exigencias con que las cuatro grandes

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 703-705.

(1) En 4 de enero, Knesebeck había recibido de Hardenberg las proposiciones para firmar una alianza ofensiva y defensiva con Austria, y el mismo día había partido para Viena. En su consecuencia, con razón podía calificarse, en una carta dirigida á Hardenberg, este día como principio de la obra que había llegado ya á su término.

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 706-707. Desde 1879 he estudiado el supuesto tratado de Praga de 27 de julio de 1813 que en 1865 publicó Bianchi. El resultado de mis investigaciones ha sido convencerme de que no pudo haberse firmado tal tratado.

(4) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 318.